

El humanismo de don Jaime es bueno, pero ¿será filosofía?

Por Cristián Rodríguez

De nada me felicito tanto como de haberle majado los callos a don Jaime González Dobles, profesor de Filosofía de la Universidad. Yo le había anunciado que lo iba a hacer, entre otras cosas para provocar una polémica y demostrar que puede haber diferencias de criterio entre personas adultas y aun adúlteras, sin que sea necesario, como tan gráficamente lo dice nuestro pueblo, "irse a la caja del cuerpo". Es un experimento que intento de nuevo, habiendo fracasado en ocasiones anteriores, pues el amigo de cuyas concepciones filosóficas difería diametralmente, se resistió conmigo y tomó mis observaciones como una especie de ataque personal.

Ni siquiera diré, como se dice en esos casos, entre acrílicos, "ahí perdóne!".

El profesor González nos ha revelado ciertos datos sumamente útiles acerca de sus antecedentes académicos, y filosóficos que no los hubiera proporcionado si hubiera estado escribiendo su *curriculum vitae*, que resulta, siempre frío, mientras que son esos detalles íntimos lo que más nos interesan, más que conocer su metabolismo basal o un encefalograma hecho durante el sueño o en la vigilia.

Es muy interesante saber que el Sr. González, antes de IRSE POR EL LADO DE LAS "ciencias del espíritu", como diría Dilthey, estuvo cultivando las ciencias físico-químicas. Es muy útil para el "sofófilo" conocer física, como disciplina propédeutica para la metafísica. Así preferirá agotar los recursos del acelerador de partículas para analizar "la cosa en sí", que ofrece más posibilidades de saber en qué consiste, que masturbándose el seso tratando de ir más allá del fenómeno y aterrizar en el nómene. Esas especulaciones estériles de los metafísicos, que construyen su casa con su propio cuerpo, como la araña, son las que han ocasionado el descrédito de que padece la filosofía puramente especulativa. Eso no quiere decir que el problema del conocimiento lo resuelva la ciencia la Némesis de la Ciencia es la Filosofía, que no teme ponerles los puntos a algunas íes, y que bien enderezada combate los dogmas científicos tanto como los religiosos. La historia de estas dos actividades está llena de dogma-

tismos que ha sido necesario combatir para sacar algunas conclusiones en claro. Como ejemplos de dogmas científicos pueden citarse la teoría del flogistón, el éter, como medio de explicar la transmisión de la luz, la aberración de que el calor era una sustancia, o lo que fuera, en vez de hacerse depender del movimiento de las moléculas. En cuanto a los dogmas religiosos que la iglesia con más luces ha desechado luego, puede consultarse la obra, un tanto anticuada hoy, de Juan Guillermo Draper, "Historia de los Conflictos entre la religión y la ciencia". Un físico puede quedar sinceramente satisfecho de la explicación, dada por una fórmula matemática, de que la masa aumenta en magnitud conforme se acerca a la velocidad de la luz. Un filósofo no se contenta tan fácilmente y sigue formulando una serie de preguntas, como los niños preguntones. Yo he combatido los programas de filosofía basados en el estudio de una serie de filósofos de todas las edades, de los que dijo Cicerón que no había habido disparate que no hubiera estado alguna vez en la boca de un filósofo. Yo le daría preferencia a los problemas siempre que no se cree claro está, una nueva calamidad, una nueva abstracción innecesaria, llamándoseles "problemática". La "problemática" es tan ayuna de contenido como la "Novelística" de los literatos, es decir, el "quehacer" novelístico de los que no tienen otra cosa que hacer. En lugar de estudiar la novelística, podrían escribirse por lo menos una novela.

Yo tengo gran respeto por la doctrina de Humanismo, cuyo padre, puede decirse, fue el resigado marido de Jantipa (Sócrates), quien enseñaba cosas muy útiles para la convivencia, como que es malo ser malo y que es bueno ser bueno, con la ventaja de que Sócrates, con gran optimismo, equiparaba la "virtud" al "conocimiento", sólo que ahora resulta que la palabra que Sócrates empleaba, "selene", no está bien traducida por la voz latina, "virtud".

Cuando insisto en que el campo de la filosofía es total e ilimitado, no quiero decir que haya de excluir al hombre como motivo de estudio. Pero hay que poner al hombre en su lugar, desinflarlo un poco en su morbo antropocentrismo, y analizar sus atributos desde la barrera. Si, como Satanás, se su-

be en un pedestal y quiere que lo adoremos, es natural que provoque la rebeldía de los que no creen que el mamífero vertical de Unamuno sea el acmé de la perfección, con evidente detrimento de otros especímenes de humanidad que puedan existir en algún otro mundo del universo. Mi objeción al Dios de los deístas corrientes es la blasfemia que su concepción entraña, ya que atribuyen a la deidad la misma pequeñez de los homúnculos, al concebirse como un Ser vengativo, irritable, y débil ante las lisonjas.

En el estudio de la filosofía no debe haber temor. El estudiante de filosofía o el filósofo, si existe tal especie, no debe estar comprometido de antemano con ninguna hipótesis, pues si lo está, no tiene libertad de investigar y está forzado, como decía Emerson, a ver sólo un lado de la verdad, el que le permite ver su evidente miopía. En filosofía, en la Divina Filosofía, no puede haber nada divino en el sentido de que no pueda tocarse, y si alguien habla de que la luz de la conciencia es una guía excelente para el conocimiento de la verdad, cabe objetarle que en primer lugar esa luz no es ninguna luz y que hay que averiguar primero qué es la conciencia. Eso es más difícil de abordar que "tomar conciencia", que es un pasatiempo socorrido de los malos filósofos. Las llamadas ideas filosóficas del pensador están llenas de verbalismos de seudoideas y conceptos que se han heredado y se repiten sin detenerse a analizar qué son. Entre esas concepciones heredadas están la "vida interior", "el alma", al ser (ontos) "la introspección", como método de investigación, y todo el catálogo de aberraciones de la filosofía tradicional.

El espacio de que dispongo no me permite extenderme más, y sólo quisiera que otros profesores universitarios expusieran con la franqueza con que lo ha hecho don Jaime González, lo que en el fondo piensan del machete con que se ganan el pan de cada día.